

Mozambique postcolonial. Del fracaso a la rectificación

Basker VASHEE*

Los años setenta fueron testigos de profundas revoluciones en países importantes, aunque económicamente marginales, del Tercer Mundo. En Centroamérica, la revolución nacionalista Sandinista derrocó a un dictador corrupto vinculado a EE.UU., prometiendo la distribución de la tierra y una orientación socialista en la política social de Nicaragua. Las transformaciones en África fueron la continuación del proceso de descolonización que empezó en la década del 1960. La descomposición del imperio portugués marcó el inicio de gobiernos socialistas radicales en Guinea-Bissau, Mozambique y Angola tras una larga lucha armada. Los dos últimos países citados fueron inmediatamente sometidos a una desestabilización militar, principalmente animada por Suráfrica, con el apoyo del Gobierno estadounidense. La revolución en Zimbabwe, dirigida por ZANU y ZAPU en el Frente Patriótico, también requirió una lucha armada contra el colonialismo de los blancos y una política radical sobre la cuestión de la tierra para asegurarse la movilización del campesinado.

El suceso más importante fue no obstante la derrota militar de EE.UU. por las revoluciones indochinas. La guerra de 30 años de los vietnamitas contra el imperialismo japonés, francés y americano llegó a un punto decisivo en 1975, cuando las fuerzas norvietnamitas y del Vietcong entraron en Saigón. La visión de las fuerzas estadounidenses escapando de la ciudad survietnamita realizó la innoble derrota de una superpotencia a manos de un ejército formado en su mayor parte por campesinos. Las consecuencias de la revolución vietnamita tuvieron eco en todo el Tercer Mundo, moviendo a toda una joven generación hacia ideas socialistas radicales. Esta inspiración también originó movimientos antibelicistas masivos en Europa occidental e incluso en EE.UU.

* Profesor en el Hampshire College, Amherst Mass. Ex director del Transnational Institute, Amsterdam.

En Afganistán y Etiopía tuvieron lugar golpes militares radicales, apoyados por grupos elitistas que aspiraban a la modernización de sus sociedades feudales.

Todas estas revoluciones se produjeron en un período en que las economías occidentales atravesaban un doloroso ajuste debido a las crisis del petróleo, agravado por un profundo cisma en estas sociedades que se cuestionaban acerca no sólo de su papel mundial sino también de la creciente brecha de pobreza entre las clases a nivel nacional. El período también estuvo marcado por una intensificación de la guerra fría entre EE.UU. y la URSS.

Este estado de cosas favoreció a las revoluciones en el Tercer Mundo asegurando un sólido apoyo por parte de la URSS y sus aliados. En la mayoría de estas revoluciones el apoyo militar soviético fue crucial, aunque encerró a estas sociedades emergentes en un bloque de poder que limitó su flexibilidad y apoyo internacionales. Por otra parte, EE.UU. y sus aliados estaban demasiado comprometidos con el *status quo* del que realmente se beneficiaban, para ver las revoluciones como una consecuencia inevitable de desigualdades históricas y de la represión, inherente en las sociedades coloniales.

Dentro de los propios movimientos existía un grado de independencia mucho mayor de lo que se reconoció en ese momento. Parecía inevitable que la URSS se convirtiera en aliada de las revoluciones del Tercer Mundo, ya que no existía otra fuente alternativa de apoyo. En muchos de estos países la mayoría de movimientos ensayó en vano políticas reformistas y pacifistas antes de embarcarse en la estrategia más arriesgada y peligrosa de la lucha armada. La alianza política dentro de los movimientos de liberación fue mucho más diversa, con el nacionalismo como cimiento ideológico mucho más importante que cualquier ciencia exacta del socialismo o capitalismo. El apoyo de la URSS, y hasta cierto punto China (este era también un período de intensa rivalidad entre ambos países), reforzó el papel de los socialistas en estos movimientos, pero en ningún momento aseguró su dominio. En realidad, la política soviética en el Tercer Mundo venía dictada por los propios intereses estratégicos de la URSS en relación a EE.UU., y apoyaba a fuerzas «nacionales» incluso a expensas de los partidos comunistas, como ocurrió en Egipto y la India.

Aunque los programas de los movimientos de liberación mencionaban constantemente el socialismo, una formulación más precisa de sus intenciones hubiera sido la de «igualitarismo pragmático». En la mayoría de casos, la reforma agraria era central, junto a la educación y sanidad libre y universal, como objetivo social para «modernizar» sus países. La nacionalización de la industria se implementó más como solución a la falta de una clase capitalista interna. Se dio la bienvenida y se protegió al capital extranjero y, en la mayoría de los casos, los gobiernos posrevolucionarios conservaron el acceso a los mercados financieros internacionales en Occidente. Este nacionalismo radical invocó los esfuerzos del pasado para reforzar el ideal de independencia respecto al control extranjero. En el caso de Mozambique, este ideal limitado condujo al conflicto más violento y devastador, que redujo al país a una impotencia absoluta y afectó incluso a la población, con un millón de muertos y siete millones de refugiados.

El colapso mozambiqueño

En octubre de 1986, en el funeral del presidente Samora Machel, quien murió en un accidente aéreo sobre Suráfrica junto a 34 de sus colaboradores cercanos, el Gobierno de Mozambique repartió una lista de las necesidades alimentarias a los dignatarios extranjeros presentes. En los primeros lugares de la lista figuraba una petición de 300.000 toneladas de maíz para 1987, lo que indicaba que el Gobierno esperaba sólo un 10 % de la producción de la principal cosecha habitual para su pueblo. Mientras miles de personas lloraban la muerte de su presidente, los funcionarios del Gobierno no podían ocultar su ansiedad por la crítica situación con que se enfrentaba el país. El Departamento de Emergencias establecido por el Gobierno estimó en ese momento que 4 millones de personas, de una población de 15 millones, se enfrentaban con el hambre, además de otros dos millones de desplazados por la guerra desencadenada en el país contra las fuerzas mercenarias del Movimiento de Resistencia Nacional (MRN). En la segunda mitad de los ochenta, el MRN, compuesto por una colección multicolor de ex agentes portugueses, triba-listas, hombres de negocios y mercenarios, incrementó sus ataques terroristas en las provincias centrales de Tete, Sofala y Zambezia, todas ellas vecinas a Mala-wi. Hasta ese momento sus actividades se habían circunscrito al sur del país, ya que sus bases estaban establecidas en el Transvaal. En el sur, un flujo regular de refugiados —que llegaron a ser 200.000— abandonó Mozambique hacia Suráfrica huyendo de la guerra. Muchos de ellos fueron devueltos por el Ejército surafricano, que posteriormente construyó una cerca electrificada a lo largo de la frontera. Otros refugiados —250.000— se marcharon a Malawi y Zimbabwe. Como resultado de la guerra y de cinco años de sequía, muchos creían que la situación alimentaria del país era la peor en África. Lo que amenazaba en realidad a los 15 millones de mozambiqueños era un importante ataque militar de Suráfrica. La situación en Mozambique se veía agravada por el hecho de que la economía iba parándose lentamente, con una producción que llegaba en la mayoría de sectores a los niveles de 1974 y que resultó en una caída del 35 % en el producto nacional desde 1980.

Origen de las crisis

La crisis del país es el reflejo de 30 años de prolongado conflicto armado. La guerra de liberación librada por el partido gobernante, FRELIMO (Frente de Liberación de Mozambique), contra el colonialismo portugués desde la década del 60 resultó en el establecimiento de la República de Mozambique en 1974. Este hecho fue seguido de un éxodo masivo de colonos portugueses, que dejó al país sin la mayoría de sus trabajadores y administradores calificados. Los portugueses se marcharon habiendo explotado brutalmente al país durante 400 años (el trabajo forzado era una característica notable de la economía) y dejando una población poco formada y una economía muy dependiente de las necesidades de Portugal y los Estados blancos de Suráfrica y Rhodesia. En 1975, había sólo un maquinista de ferrocarril negro, sólo 20 médicos negros, sólo 72 estudiantes universitarios negros, sólo 2 ingenieros negros, etc. Aparte de los problemas internos de consolidación y organización, la nueva república se enfrentaba con la hostilidad de sus

vecinos, Suráfrica y Rhodesia, que veían una amenaza marxista a su existencia, imaginando que una base soviética estaba en vías de formación en Mozambique.

Casi al principio, el régimen de la minoría blanca de Rhodesia inició una campaña militar contra Mozambique. El objetivo no era sólo la economía mozambiqueña sino también el creciente movimiento de liberación de Zimbabwé, que tenía sus bases en el país. Las operaciones de persecución contra los centros de refugiados de la Unión Nacional Africana de Zimbabwé (UNAZ), dirigida por Robert Mugabe, causó graves daños a la infraestructura mozambiqueña. Además, los servicios secretos de Rhodesia empezaron a reunir a los mercenarios que finalmente constituirían el MRN. Mozambique también perdió 500 millones de dólares en comercio perdido con Rhodesia a causa de su valerosa decisión de imponerle sanciones entre 1976 y 1980.

Al mismo tiempo, Suráfrica empezó a ejercer presiones económicas sobre la joven república limitando el uso del puerto de Maputo, que era la principal salida para el polígono industrial y comercial del Transvaal oriental. El tonelaje embarcado desde Maputo pasó durante los 1980 de 7 millones de toneladas a 1 millón. Cada vez se interrumpían más y más bienes y servicios vitales. La suspensión de los pagos en oro a precios preferenciales al Gobierno por los entonces 120.000 mineros mozambiqueños que trabajaban en Suráfrica, que significó una pérdida para Hacienda de unos 2.547 millones de dólares, fue un duro golpe. La loable política de reducción del número de mineros que iban a Suráfrica hasta 45.000 redujo las entradas de divisas en 568 millones de dólares al año.

En 1980, la consecución de la independencia de Zimbabwé no conllevó, desgraciadamente, la paz y estabilidad en Mozambique. En una desesperada acción de retaguardia, el MRN se trasladó a Suráfrica, que le otorgó un pleno apoyo militar. A causa de ello, la efectividad militar del MRN aumentó, no por tener apoyo en el país sino por la disponibilidad de armamentos superiores y el apoyo logístico que obtenía del Ejército surafricano. El MRN, que dependía financieramente de los 600.000 portugueses que vivían en Suráfrica, degeneró en una pura organización terrorista. Su táctica era la de aterrorizar a la población para probar su poder y destruir la defectuosa economía. El temor, a través del terror, constituyó su única arma. Durante los primeros 1980, el MRN destruyó 900 tiendas rurales (afectando a los suministros de 4,5 millones de campesinos), 500 escuelas primarias, 860 puestos de salud y 140 comunas (afectando a 100.000 campesinos). Ello no incluye la cuenta de puentes, pequeñas presas, líneas de ferrocarril y pequeñas fábricas que sabotó. Lo más horroroso fue el número de muertes innecesarias perpetradas por el movimiento, incluyendo las de maestros de escuela, médicos, enfermeras y técnicos. Además, mutiló a miles de aldeanos, mujeres y niños incluidos, cortándoles miembros, orejas y narices para enseñarles la lección. Por otra parte, los soldados del FRELIMO evolucionaban sólo gradualmente hacia un ejército profesional, tras un largo periodo como movimiento de liberación.

También fue en este periodo cuando Mozambique sufrió la acción de fuerzas fuera de su control. La recesión económica mundial, que se intensificó globalmente, llevó al colapso de los precios de las mercancías, reduciendo los ingresos del comercio internacional de 280 millones de dólares a 70 millones. Los precios de sus importaciones aumentaron una media del 5 %, mientras que los precios de las exportaciones cayeron en un 11 %. El resultado fue que el endeudamiento aumentó de 1,5 billones de dólares a 4 billones. En segundo lugar, la sequía que afectó a la mayor parte de África del Sur dañó la producción de alimentos de Mozambique, que se encontraba ya en una situación debilitada. (Un repentino aguacero inundó

en 1985 el importantísimo valle del Limpopo, causando daños generalizados a las cosechas y viviendas). Por último, la política constructiva de acción de EE.UU. animó a Suráfrica a reforzar su apoyo al MRN. Por primera vez en la guerra, submarinos surafricanos empezaron a desembarcar suministros de armas a lo largo de la costa norte de Mozambique y los lanzamientos militares aéreos en las provincias centrales aumentaron.

Esta situación llevó al presidente Samora Machel a hacer un llamamiento en petición de ayuda a la comunidad internacional y a visitar personalmente varias ciudades eurooccidentales para defender la causa mozambiqueña para recibir asistencia. Cuando todo esto cayó en oídos sordos, no hubo otra alternativa que firmar el Acuerdo Nkomati con Suráfrica, en agosto de 1984. El Acuerdo comprometía básicamente al país a negar bases militares o rutas de tránsito al Congreso Nacional Africano surafricano. Esta fue una píldora amarga de tragar para el FRELIMO, de mentalidad internacionalista. A cambio, Suráfrica prometió cesar sus ayudas al FRN. El Acuerdo Nkomati, por cierto, fue anunciado en Africa como un triunfo para el «compromiso constructivo» por los norteamericanos. Los surafricanos también se comprometieron a restablecer relaciones económicas normales, incluyendo el uso del puerto de Maputo, potenciar el turismo, la inversión y aumentar el uso de los suministros de energía de la gigantesca presa de Caborra Bassa, en Mozambique.

Economía e ideología

La economía de Mozambique se ha desarrollado desde su independencia en 1974 bajo las directrices dictadas por el partido gobernante, el FRELIMO. El crecimiento del partido como movimiento de liberación con pleno derecho durante los años sesenta coincidió con su evolución hacia una organización socialista. Ello difícilmente puede sorprender dado el contexto nacional e internacional con que se encontró el FRELIMO mientras luchaba contra el colonialismo portugués. En primer lugar, Portugal contaba con el apoyo de la mayoría de países de la OTAN, con armas y apoyo diplomático por tener las Azores como una base militar para el Ejército de EE.UU. Ello aseguró una tendencia antioccidental en el FRELIMO, aunque el movimiento distinguió entre el Gobierno de Lisboa y las fuerzas que se oponían a la dictadura en Portugal. Muchos cuadros y dirigentes del FRELIMO mantenían estrechas relaciones con la izquierda portuguesa.

En un contexto más global, el crecimiento del FRELIMO coincidió con el movimiento mundial hacia el socialismo inspirado por la guerra de Vietnam y el arrobamiento causado en la sociedad occidental por el cuestionamiento moral de la guerra. En el marco surafricano, las ideas que influyeron al FRELIMO incluían los modelos de autoconfianza de Tanzania y China, y el hecho notable de que la URSS era la potencia importante que apoyaba las luchas de liberación en Africa del Sur. Un factor más importante en este sentido fue la propia estrategia de la lucha por la liberación, dependiendo como lo hacía la movilización de comunidades campesinas en esfuerzos cooperativos en la guerra y la producción. En las zonas liberadas del norte del país –Carbo Delgado y Niassa– el movimiento puso en marcha modelos prácticos de sociedad para enriquecer su ideología. El proyecto socialista, no obstante, debía ser aplicado en toda la nación para reemplazar las estructuras coloniales que el movimiento heredó con la independencia.

Legado

La economía colonial que edificaron los portugueses dependía de la agricultura de plantación y la exportación de mano de obra a las vecinas Rhodesia y Suráfrica. Entre las potencias imperiales que se repartieron Africa en el siglo XIX, Portugal era la más débil. Se la conocía como la potencia «mórbida», que veía sus posesiones imperiales más como parte de un glorioso pasado que como un activo económico actual. Durante muchos años Portugal esperó que el Reino Unido, Francia y Suráfrica desarrollaran sus colonias en Africa y obtener una renta del proceso. Por ejemplo, el puerto de Lourenço Marques (hoy Maputo) fue construido específicamente para cubrir las necesidades del Transvaal, que se estaba convirtiendo en un importante centro de producción de oro y diamantes. Las provincias del sur de Mozambique se convirtieron en una reserva de mano de obra para las minas de Suráfrica y Rhodesia. Las concesiones de tierras a compañías privadas en el centro del país fueron otorgadas en gran parte a compañías británicas para el desarrollo de los cultivos de azúcar, algodón, copra y cacahuets.

Con el triunfo del fascismo en Portugal, en 1926, la política anunciada para las provincias de ultramar fue la de absorber el exceso de población de Portugal y producir materias primas para vender a la metrópolis a cambio de bienes manufacturados. Portugal centralizó la Administración en Mozambique, animó a ciudadanos portugueses a establecerse en la colonia, expandió el sector de las plantaciones y construyó puertos, y vías férreas en el interior. Toda la estructura dependía completamente del trabajo forzado de la población indígena. Se decretó que todo hombre apto para el trabajo debía pasar seis meses al año en las minas de Suráfrica o en las plantaciones que cultivaban azúcar y algodón para la metrópolis. La industrialización de la posguerra en Portugal se basó principalmente en el textil y dependía de los suministros baratos de algodón desde Mozambique. El crecimiento de la población de colonos en las ciudades y pueblos de Mozambique conllevó el desarrollo de la horticultura de mercado alrededor de las ciudades, con productos como vegetales, arroz, carne, pollería y trigo. Esta economía «artificial» de las ciudades blancas estaba totalmente divorciada del 99 % de los negros, quienes residían en el sector de la subsistencia en las áreas rurales.

La economía colonial también tuvo un efecto negativo en el sector de «subsistencia» del campesino mozambiqueño. Aparte de ser obligados a trabajar en Suráfrica y Rhodesia, también se esperaba de los campesinos que sirvieran en las plantaciones y minas de los blancos en el país. Muchas áreas fueron obligadas a plantar algodón para su exportación a Portugal. Como consecuencia, la producción de alimentos se redujo considerablemente, dejando una frágil economía campesina, extremadamente vulnerable a la sequía. Puesto que las autoridades coloniales consideraban la economía africana como una carga improductiva, no hubo incentivos ni inversiones en las áreas rurales para aumentar la producción de alimentos. En los setentas, Mozambique ya estaba importando 100.000 toneladas de cereales para cubrir un déficit alimentario.

A pesar de varios intentos de las autoridades portuguesas de desarrollar económicamente el país, especialmente en los años 1960 como respuesta a la lucha armada, la economía mozambiqueña continuó dependiendo de las «rentas». Los ingresos provenían principalmente de los derechos de aduana, tarifas del ferrocarril y envíos de divisas por los trabajadores en Suráfrica y Rhodesia. La escasa industria existente se reducía al procesamiento de alimentos, especialmente para el sector blanco de la población, el textil y las industrias de mantenimiento, socia-

das a puertos y ferrocarriles. Estas industrias dependían a su vez de los técnicos extranjeros y las materias primas importadas. Incluso la gigantesca presa de Cabora Bassa en el río Zambezi fue financiada por un consorcio internacional y construida para la exportación de electricidad a Suráfrica.

El Mozambique colonial se basaba en una jerarquía racial. Los 200.000 colonos portugueses controlaban la mayor parte de la economía y se beneficiaban de ella en términos de ingresos, educación, sanidad y servicios. Los pocos negros asimilados constituían una ínfima parte de la mayoría. En la cúspide de la sociedad estaba una burguesía metropolitana que controlaba la banca, plantaciones y minas, girando en torno al Gobernador General, quien era nombrado por Portugal, a cuyo Gobierno debía fidelidad. A medida que la guerra de liberación se intensificaba, durante los años 1960 y 1970, el Ejército portugués pasó a determinar cada vez más la política hacia Mozambique, institucionalizando la tortura, la pacificación, políticas de tierra quemada, etc. El Ejército, sin embargo, llegó de Portugal con poco reconocimiento o lealtad hacia Mozambique, hecho que constituyó por sí solo su mayor debilidad.

Llegada al poder

La economía heredada por el FRELIMO con la independencia, en 1974, era caótica y en situación de bancarrota. La mayoría de colonos portugueses abandonó el país hacia Suráfrica. Algunos se marcharon tras sabotear plantas y equipos industriales para demostrar su amargura. Importantes empresas agrícolas e industriales fueron abandonadas y privadas del personal y técnicos especializados casi de la noche a la mañana. La pérdida de oficios llegó a niveles como el de taxistas y mecánicos. Ello era un reflejo del bajísimo nivel de formación que los portugueses dieron a la gran mayoría de la población africana.

A pesar del compromiso general con el socialismo, el FRELIMO estaba igualmente dividido entre nacionalistas pragmáticos y marxistas, quienes veían su modelo de sociedad en Europa oriental, y algunos en China. Los «nacionalistas» estaban principalmente preocupados por la posibilidad de que Mozambique fuera dividido en líneas tribales y veían como prioritaria la construcción de una conciencia nacional que uniera al país. Los marxistas veían en la lucha de clases un medio por el que las afinidades tribales serían subsumidas y se establecería un enfoque más científico de la sociedad en un nuevo Mozambique. No obstante, la mayoría dentro del movimiento sentía instintivamente que cualquier sociedad debía emerger de las condiciones concretas existentes en el año de la independencia. En cualquier caso, el nuevo Gobierno estaba demasiado ocupado en que «las cosas funcionaran» como para imponer un modelo preconcebido en el país. Como en la mayor parte de África, el racismo que impregnó la experiencia colonial significó que muchos de estos nuevos Estados tuvieron que probarse de alguna manera a ellos mismos que las personas negras eran tan capaces de dirigir un país como los blancos.

Como la mayoría de movimientos del Tercer Mundo que llegaron al poder a través de la lucha armada, el FRELIMO tenía una fe permanente en la movilización de la población para crear una sociedad poscolonial económicamente firme. En los primeros años de la independencia había un gran entusiasmo en el partido y entre los cuadros jóvenes, que por primera vez ocupaban cargos de responsabili-

dad en la dirección del Estado. La dirección era sincera en sus deseos de llevar el poder a las bases populares. En algunos sentidos, la economía se convirtió en una extensión de la guerra de liberación: si los portugueses podían ser vencidos por un ejército de campesinos con el apoyo popular, los problemas económicos podían ser abordados y resueltos de forma similar.

Los principales problemas con que se enfrentaba el nuevo Gobierno de Maputo eran bastante diferentes a las condiciones que afrontaba el FRELIMO en las zonas liberadas. Lo que ocurría es que sólo una cuarta parte del país tenía alguna experiencia de conflicto armado o áreas liberadas. Cuando la dirección y las guerrillas entraron en la «ciudad de cemento», Maputo, gran parte de la economía moderna había sido sabotada y destruida. Además, los problemas de la reconstrucción se vieron empeorados por el hecho de que las provincias centrales y del sur, que apenas habían padecido el conflicto armado, eran precisamente las áreas donde la economía colonial estaba más fuertemente atrincherada.

En estas condiciones no sorprende que el sector estatal, tanto en el Gobierno como en la economía, fuera considerablemente ampliado. El Estado asumió el control de las granjas y fábricas abandonadas, incluidas las grandes plantaciones de azúcar y té, donde predominaba la burguesía colonial. El Estado también extendió sus competencias a la sanidad y educación, como se prometía en el programa del FRELIMO. Otras áreas bajo control estatal incluían el transporte y comercio y las áreas estratégicas del refinamiento de petróleo y la banca.

La expansión del sector estatal alargó la muy centralizada administración a sus límites. Muchos empleados estatales ocuparon cargos para los que no estaban preparados, mientras que otros, que no simpatizaban demasiado con el nuevo régimen, estaban decididos a obstruir sus iniciativas. Hubo en realidad una gran diferencia entre los cuadros con alguna experiencia de la guerra de liberación y aquellos que habían permanecido «detrás» durante el conflicto con Portugal. La consecuencia estatal fue el crecimiento exponencial de la población urbana. Muchos mozambiqueños, de forma bastante natural, se trasladaron a las ciudades esperando beneficiarse de la liberación del país del colonialismo. La población de Maputo casi se duplicó en los tres primeros años de independencia, pasando de 700.000 a 1,2 millones de habitantes.

En las zonas rurales se emprendió una importante campaña para establecer comunas agrarias. La idea, nacida de la experiencia de la guerra de liberación, consistía en animar a las familias dispersas a cooperar en aldeas que producirían alimentos para ellos mismos y beneficiarse de una inversión común en infraestructuras como carreteras, suministro de agua y electricidad, escuelas y hospitales. Se subrayaba en este sector la autoconfianza, que había sido también el factor primordial de la producción durante la guerra. En los años 1980, mil pueblos, que suponían una población de un millón de habitantes, se registraron como comunas. Durante el período colonial los portugueses eran los responsables de comercializar los cultivos de miles de pequeños productores del campo para poder proveer a la creciente población urbana. Para sustituir este sistema el nuevo Gobierno creó una red de tiendas cooperativas y estatales tanto en las zonas rurales como las urbanas.

La estrategia económica socialista

Los elementos esenciales de la política del FRELIMO fueron la nacionalización de la industria y la creación de granjas estatales en las áreas rurales, en su mayoría en las propiedades que los colonos portugueses habían abandonado. La política hacia el sector campesino fue confusa, a pesar de que las comunas, que al fin y al cabo afectaban sólo a una pequeña proporción de la población rural, fueron consideradas el sector líder. La dinámica central de la economía fue incrementar la producción de los cultivos para la exportación (incluyendo el azúcar, algodón, pita, cacahuetes y copra) y la industria pesada (cemento, material ferroviario, materiales para la construcción y hierro). Para estimular un excedente en la producción de alimentos en las áreas rurales, el Estado se propuso suministrar bienes de consumo a las tiendas cooperativas en intercambio por cultivos comestibles para las industrias de procesamiento.

En los primeros cinco años de independencia el Estado realizó grandes progresos para extender la educación básica y la sanidad a toda la población de Mozambique. La educación primaria y secundaria se amplió, aun cuando los profesores eran los propios alumnos. Mozambique también fue felicitado por ciertos organismos internacionales por la velocidad a la que se estaba erradicando el analfabetismo. En el esfuerzo de proveer asistencia sanitaria básica a la población, una red de hospitales rurales y urbanos con personal sanitario mejoró mucho las tasas de mortalidad y nacimiento de una población que había estado durante mucho tiempo en desventaja.

Retrospectivamente, las causas de la crisis son obvias. La guerra dirigida por el MRN junto con el sabotaje económico perpetrado por Rhodesia hasta 1980 y por Suráfrica hasta 1987 eran suficientes por sí solos para destruir toda posibilidad de crecimiento económico. Además, Mozambique, como gran parte de Africa, afrontaba precios más altos del petróleo y sus importaciones y una importante caída de los precios de sus exportaciones. Estos factores externos fueron un duro golpe para su vulnerable economía.

Sin embargo, el propio Gobierno de Mozambique y los miembros dirigentes del FRELIMO vieron los problemas «en gran parte como resultado de factores internos». En primer lugar, la escasez de técnicos de dirección y producción en las industrias estatales conllevó retrasos y escasez persistentes. Ello fue especialmente cierto en las granjas estatales, que al final absorbieron hasta el 90 % de las divisas, ya que la mayoría de sus entradas eran importadas. Las granjas se convirtieron casi en enclaves extranjeros en la economía puesto que se basaban en la experiencia soviética, que implicaba ciertos tipos de *inputs* técnicos. El absoluto derroche en estas granjas se convirtió en leyenda, con una gran corrupción, objetivos de producción no logrados, maquinaria cara y defectuosa y, sobre todo, cosechas equivocadas para mercados equivocados. Aún más importante fue la inexistencia de una perspectiva de extender la nacionalización dando más poder o mayor remuneración a la mano de obra de las granjas estatales. Como consecuencia, la relación entre los trabajadores y los gerentes estatales continuó siendo antagónica. Las granjas estatales también padecían escasez regular de recambios para la maquinaria y de fertilizantes de importación. Ello era debido en parte a la falta de divisas o a la interrupción del sistema de transporte como resultado de la guerra o de actuaciones ineficaces.

La combinación de estos dos factores llevó a una caída absoluta de la producción de cultivos para la exportación: por ejemplo, la producción de algodón bajó

de 75.000 toneladas en 1982 a 5.700 en 1986; la de té, de 23.000 tm en 1982 a 5.600 en 1987; la de azúcar, de 177.000 tm en 1981 a 23.000 en 1987; etc. Las granjas estatales también producían cada vez más cultivos valorados en 4 o 5 veces por debajo del precio de producción. Con la caída de los precios de estos cultivos en el mercado internacional se produjo una progresiva pérdida en los ingresos de divisas, que no podían sufragar importaciones más caras.

En el contexto internacional, la pertenencia de Mozambique al COMECON (el bloque comercial del Este) amortiguó de alguna manera los peores resultados de la crisis, ya que los pagos a los países del bloque oriental podían ser pospuestos o reconvertidos en acuerdos de intercambio.

Los efectos en el resto de la industria fueron catastróficos. Sin recambios para la maquinaria o materias primas para las fábricas, gran parte de la industria de consumo y pesadas permaneció parada y ningún experimento con el control de los trabajadores podía resolver estos problemas.

A la larga fue en las áreas rurales donde apareció la verdadera crisis, ya que afectó a las actitudes del campesinado hacia el Gobierno y el idealismo del FRELIMO. Como se ha remarcado anteriormente, no existían incentivos reales para estimular la producción del sector agrícola. Dada la gran predisposición hacia lo que se conocía como el sector «moderno», se asumió que las granjas rurales serían en gran parte productoras de subsistencia y que el poco excedente disponible se vendería en los mercados locales, a través de las tiendas cooperativas.

Hubo dos factores que colaboraron en la descomposición total del sistema. El Gobierno de Mozambique continuó importando alimentos para la creciente población urbana a precios subvencionados. Los precios de los comestibles eran controlados por decreto en un mercado en el que la demanda estaba creciendo. Ello no hizo más que aumentar la necesidad de importar y mantuvo una presión al alza en los salarios. En segundo lugar, los comestibles que se importaban y que se consideraban como cultivos prioritarios del país incluían la carne, productos lácteos, trigo, arroz, patatas y verduras. Estos eran los ingredientes de la dieta de las clases media y trabajadora de los anteriores colonos portugueses, que fue adoptada por la élite negra. La producción de estos cultivos en las granjas alrededor de las ciudades adoptó técnicas de producción preconcebidas, con un uso intensivo de fertilizantes, irrigación y un control constante de la temperatura, todo ello muy caro y subordinado a las importaciones.

Una posible alternativa habría implicado el estímulo de una dieta en las áreas urbanas que contuviera alimentos tradicionales, como el maíz, la tapioca, las judías y los cacahuets, que eran los cultivos que producían los agricultores en Mozambique. Ello hubiera sido posible puesto que la población de las áreas urbanas tras la independencia estaba compuesta cada vez más por africanos pobres procedentes de las áreas rurales. Esta estrategia también hubiera precisado un aumento en los precios pagados a los granjeros locales y una mejora general de la infraestructura en las áreas rurales. La causa de optar por una dieta «occidental» sólo puede atribuirse a la preferencia por parte del partido gobernante del «modernismo», que se equiparaba a desarrollo y progreso.

La falta de una política consciente para el campesinado, que todavía constituía el 90 % de la población, también pudo ser debida al hecho de que muchas pequeñas granjas eran cultivadas por mujeres ya que muchos hombres emigraban a trabajar a Suráfrica o a las ciudades. En cualquier caso, la falta de inversión en el sector agrícola empeoró las condiciones de sequía persistente, llevando a las hambrunas catastróficas que el país afrontó desde 1984.

El otro factor en las áreas rurales fue la caída regular del suministro de bienes de consumo a las tiendas cooperativas. El hundimiento de la industria de consumo como resultado de las escaseces y fallos del transporte significó que los campesinos no tenían incentivos para producir para el mercado. Sus cosechas se vieron en cualquier caso degradadas en pro de una dieta «más barata» y se vendieron a precios muy bajos. En estas condiciones, el mercado negro vino a controlar la distribución de bienes de consumo de contrabando y su intercambio por cosechas. A finales de los 1980, las reservas de divisas obligaron a parar la importación de bienes. Ello dio un nuevo impulso al mercado negro, a medida que cada vez más sectores de la economía se volvían «invisibles». Como en muchos países socialistas, había un exceso de dinero a la busca de bienes cada vez más escasos. Cuando los alimentos empezaron a escasear, los obreros de las fábricas abandonaron sus trabajos para volver a las zonas rurales, prefiriéndolo a trabajar por un dinero inservible. En 1989, el Banco Central del país estimó que casi la mitad de la economía estaba en el mercado negro.

Cambio para la reforma

La acumulación de los problemas de la sociedad llevó a un abandono progresivo de las políticas socialistas por parte del FRELIMO. La necesidad de una reforma se había reconocido ya en 1977 en el Tercer Congreso del partido. Incluso entonces hubo una demanda continuada de un mayor apoyo al llamado «sector familiar», refiriéndose al pequeño productor agrícola. No obstante, las iniciativas más decisivas en la vía de la reforma llegaron en 1983, cuando el Cuarto Congreso tomó dos importantes decisiones: amplió el Comité Central del partido para incorporar más representantes campesinos y obreros e incluso degradó a algunos altos funcionarios asociados a las granjas estatales. En segundo lugar, decidió parcelar algunas granjas estatales y distribuir la tierra a las familias campesinas. Se incrementaron los precios de los productos de las granjas hasta niveles más realistas y se pospusieron los grandes proyectos agrícolas e industriales más ambiciosos.

Los extraordinarios niveles de violencia perpetrada por el MRN y el consiguiente sufrimiento de la población de las áreas rurales llevaron a Mozambique a depender totalmente de la ayuda externa a partir de 1987. Aparte de los daños físicos y muertes entre la población, el Gobierno afrontaba el problema de la gente desplazada dentro del país. Casi la mitad de la población había abandonado sus hogares buscando protección en campos de refugiados, donde acabaron dependiendo totalmente de la ayuda alimentaria y médica de las agencias internacionales. Cerca del 60 % del presupuesto nacional provenía de donantes occidentales. Para entonces, Mozambique necesitaba 1,2 billones de dólares al año para poder sobrevivir a un nivel básico. Esta necesidad transformó sus alianzas internacionales, con cada vez más contactos con EE.UU. y Europa occidental. Mozambique se integró en el grupo de países ACP (África, Caribe y Pacífico) que mantiene una relación especial con la Comunidad Europea. A través de EE.UU. también se integró como miembro en el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM).

A nivel militar, Mozambique ha diversificado sus alianzas con acuerdos de formación con el Reino Unido, Portugal, España y Francia. No obstante, sus aliados más importantes son Zimbabue y Tanzania, que han desplegado tropas en Mozambique para ayudar a combatir al MRN.

En 1990 se completó el cambio de política hacia una economía de mercado libre. Tras la petición de un préstamo al FMI, el Gobierno ha iniciado un programa de reprivatización de la agricultura y la industria. Lentamente se está dejando que los precios hallen sus propios niveles, e incluso en el programa educativo se incentivan las escuelas privadas. El cambio más decisivo se ha producido en sus relaciones con Suráfrica. La visita realizada por el presidente de Klerk a principios de 1990 estimuló una relación económica más estrecha. El número de mozambiqueños que trabajan en las minas de Suráfrica está aumentando (alcanzando los 60.000), el puerto de Maputo está siendo rehabilitado y ampliado con la ayuda de Suráfrica, compañías surafricanas actúan en la industria de manufactura y distribución y la Corporación Angloamericana está preparada para explotar los campos de gas en el lecho oceánico.

También en 1990, el Gobierno anunció conversaciones de paz con el MRN con la mediación de la Iglesia y de los presidentes de Kenia y Zimbabwe. Como parte del incentivo para estimular la paz, el Comité Central del FRELIMO está revisando la Constitución para prever el establecimiento de una democracia multipartidista en 1992, siempre que el MRN suspenda su campaña militar de terror.

Los cambios de más largo alcance en la economía se producirán como resultado de las prescripciones del FMI. El incremento de los precios que ha seguido a la reducción de las subvenciones y una política comercial más liberal han perjudicado a los sectores más pobres de la población. Ahora se estima que el 60 % de la población vive por debajo de la línea de pobreza. Además, el retorno de capital surafricano y portugués ha hecho reaparecer las peores formas de explotación reminiscentes del periodo colonial. La tragedia de Mozambique es que estas medidas de austeridad para estimular el capital privado llegan en un momento en que la ayuda alimentaria se está agotando debido a la fatiga de los donantes, dejando a millones de personas en los campos de refugiados, dentro y fuera del país, sin ninguna esperanza de tregua alguna.